

ketchup, ya que las personas no disponen de ese espacio físico”.

Carl Steidtmann, economista jefe y director de Negocios del Consumidor de Deloitte Research, destaca que la Gran Depresión, asociada a la Segunda Guerra Mundial, tuvo como resultado 15 años de restricción de gastos para el consumidor. Para Steidtmann, la crisis actual, desencadenada en diciembre de 2007, comenzará a perder fuerza a finales de este año, y no deberá tener el impacto prolongado que tuvo sobre el consumidor en la Gran Depresión.

Él asegura que el impacto más duradero de la crisis actual tal vez tenga lugar en el segmento de propietarios de inmuebles residenciales, que se encuentran bajo enorme presión de la deuda hipotecaria. Él añade que espera la llegada de una “mentalidad de inquilino” en el mercado de la vivienda, es decir, con menos énfasis en la posibilidad de usar el inmueble como vehículo de inversión. Pero no se debe esperar de los nómadas modernos que apilen su mobiliario adquirido en Pottery Barn en sus SUV a medida que abandonan sus McMansiones. “En toda recesión, existe la hipótesis de que el consumidor sea castigado y que pase a vivir después de eso la vida simple de los monjes”, dice Steidtmann. “Eso todavía no ha ocurrido”.

Él recuerda un reportaje de *Time* de junio de 2001, en periodo de desaceleración económica, titulado “La vida simple: adiós al deseo de tenerlo todo”. El artículo decía, entre otras cosas: “Después de diez años de alegrías, de sueños ambiciosos y de un consumismo impío, los americanos están comenzando a comprar cosas más baratas. Ellos quieren reducir su apego a los símbolos de estatus, las carreras meteóricas y las grandes expectativas de tenerlo todo. Sale el lujo y entra la prudencia. Los *yuppies* pertenecen a una civilización distante. Mostrar que tiene dinero ahora es considerado de mal gusto: ¡si lo tiene, por favor guárdese para sí mismo, o distribuya un poco!”

¿LE RECUERDA ALGUNA COSA?

David Reibstein, profesor de *Marketing* de Wharton, observa que la angustia actual respecto al gasto del consumidor le hace acordarse de las recesiones de 2001 y de 1991. En ambos extremos de cualquier ciclo económico –en sus altos y bajos– se suele decir que en los ciclos de subida todo el mundo cree que el statu quo nunca va a cambiar, mientras que durante los periodos de bajada, todo el mundo cree que la vida que vivíamos jamás volverá a ser la misma. “Entre un periodo y el otro, existe siempre esa preocupación”, señala él. “Lo que me impresiona es nuestra capacidad de adaptación”.

Reibstein se acuerda de las semanas y los meses que siguieron a los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, cuando parecía que nadie jamás tendría el coraje de volver a subirse en un avión. En el momento en que la crisis actual forzó la reducción de la demanda, el volumen de viajes aéreos había vuelto a la normalidad. “Va a tardar mucho tiempo para que superemos la crisis actual en virtud de la severidad y de la profundidad de ese ciclo”, sostiene Reibstein, “pero en cuanto la superemos, será fantástico observar la rapidez con la que las personas van a recuperarse de todo lo que han pasado”.

Gradualmente –añade– a medida que los choques económicos actuales sean absorbidos, las personas comenzarán a invertir de nuevo y, con mucha cautela, van a aumentar su volumen de compras. La confianza se fortalecerá en la medida en que las pérdidas de puestos de trabajo se estabilicen y haya nuevas contrataciones, dice. “Es todo una cuestión de tiempo”. □

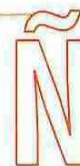


*ESTUDIANTE DE HARVARD DAVID ZULUAGA.BLOGSPOT.COM

Punto de vista

Por David Zuluaga*

El Acuerdo Generacional



En días pasados fui testigo de la firma del denominado Acuerdo Generacional. Un grupo de más de veinte políticos jóvenes y notables, provenientes de todos los partidos políticos, se reunió para comprometerse públicamente a hacer política con decencia. El valor de este acuerdo es inestimable: significa la ratificación de un propósito –ahora generacional– para dignificar el quehacer político.

El Acuerdo Generacional es especialmente valioso porque, además de sus bondades intrínsecas, se da en las circunstancias más apremiantes. Con un Congreso desprestigiado, una Corte Suprema de pelea con el Gobierno, medio país “chuzado” y unas elecciones que se aproximan, no se me ocurre un mejor momento para emprender la urgente tarea de imprimirle decencia a la política. Este acuerdo, que es gesta del abogado Rodrigo Pombo, da esperanza en medio de la incertidumbre política en que vivimos.

Sin embargo, queda todavía por verse qué ocurre con el Acuerdo Generacional en las elecciones de 2010. Habrá que estar atentos al actuar de estos jóvenes servidores públicos para cerciorarnos de que la buena intención se traduzca, como es debido, en buena acción. La prueba de fuego es clara: estos sobresalientes políticos deberán anteponer un acuerdo de principios éticos siempre que se enfrenten a los dilemas inherentes a la actividad proselitista. Tendrán que estar dispuestos a perder votos y hasta su curul con tal de preservar la dignidad de la palabra que ya han empeñado. □